

COMENTA:

ARTURO ALFONSO ROSELLO

- Por la moral pública.
- Hasta en la zona artística.
- Una urbe anárquica.
- Plano regulador de la ciudad.



Se ha constituido la "Legión de la Decencia". Sus propósitos no pueden ser más enaltecedores: influir, en un medio donde la relajación tiene ya todas las franquicias, en refrenar el vicio, que no sólo es profundo y penetró ya en todas las zonas, sino que se ha hecho, además, descaradamente ostensible.

La tarea, sin embargo, no es fácil. Porque la decencia no se mide sólo por aquellos rasgos exteriores de la conducta, de la acción, de la dialéctica y hasta de las omisiones medrosas, sino por un modo de ser moral, por una actividad íntima de los hombres, de las familias y, en mayor medida, de la sociedad.

En Cuba la indecencia ha ido ganando, progresivamente, todas las zonas. Se habla mal, con una procacidad que saltó ya todas las barreras del escrúpulo. En política el vocabulario se ha desentendido de las deas, hace mucho tiempo, y sólo procura, a través de los denuestos y las difamaciones, sepultar al adversario bajo cuatro palmas de cieno.

En los espectáculos públicos, los comentarios de los asistentes, sin reparo a la cercanía de muchas damas, son de tal linaje, que poco o nada ganarían en plebeyez aquellos otros que antes se clasificaban como de tipo tabernario. Las acotaciones a ciertas escenas de amor, por otra parte trabajadas y elaboradas sin más ingredientes que lo lúbrico, harían, según la expresión de Frasier, "enrojecer a un mico", animalito en el que se reconocen los más primarios impulsos naturales.

En una esquina, mientras se espera la llegada de un ómnibus, hay que resignarse a escuchar las insolencias de acera a acera, o de vehículo a vehículo, porque la hombría entre nosotros, es inseparable del terno inmundo que va casi siempre dirigido a la que debiera ser sagrada e inviolable expresión de nuestro respeto filial.

Hace poco, en un café del Vedado, dialogaban en una mesa varios jovencitos de greña alborotada y lengua suelta. Las expresiones salían, en alta voz, sin respeto a los circundantes, entre los que menudeaban las damas. En una mesa anexa, para colmo de irresponsabilidad, habían dos agentes de la fuerza pública, no sólo impasibles, sino, en ocasiones, ellos también regateando en aquel maratón de sucia dialéctica.

Estamos refiriéndonos, sin embargo, a los aspectos más estentóreos de una realidad que no se limita, para desdicha de todos, a la ofensa verbal. Si la decencia sale vapuleada con el habla obscena, no la redime, ni mucho menos, esa otra jerga en uso que ya no es privilegio de los conductores de ómnibus, ni de los **chucheros** de variado linaje, que penetró —y ya se ha adueñado de ellos—, en los salones del mundo social. Hay señoritas que dialogan (o "chamuyan") un caló bárbaro; hay estudiantes de distintas carreras cuyas expresiones son, dentro y fuera del aula, más chabacanas que las que pudieran reprochárselas a un cargador del muelle.

Hasta en la zona artística los merecimientos se ganan en proporción a como se pierde el decoro. Una estrella de éxito es aquella que se desnuda más o que, sin desnudarse —lo que es más deletéreo— da a la dosificación de su descaro y a la graduación de su impudicia, una técnica de **prima donna**.

La decencia está en crisis, cuando se observan las preferencias del gran público por las películas donde la trama, y la interpretación, y los recursos plásticos se regodean en lo perverso y en lo mórbido. En las taquillas, cuando los espectadores se aproximan, el letrero avisando de que la película está "aprobada para menores", arranca una expresión de desencanto o tedio, como si tal advertencia la descalificase. Los programas culturales, en la radio o en el video, interesan menos que aquellos otros grotescos, chabacanos, ganados por la plebeyez, donde hay crímenes, y adulterios o chistes del peor gusto, sin finura, ni esponaneidad, ni gracia.

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2)

La suspensión de ciertos programas escatológicos, como "Prensa", obedeció, más que a las causas que se aducen, a la realidad de que el éxito dependía no de que los interrogadores ventilasen la buena fe, inteligentemente, los problemas públicos, para orientar a la opinión, sino de que actuasen, en presencia del interrogado, como provocadores gratuitos, como fiscales insolentes, haciéndoles preguntas de esta guisa: "¿Se robó usted ésto? ¿Es verdad que fulano sustrajo lo otro?".

Para que la "Legión de la Decencia" rinda sus frutos, es necesario un previo examen general de conciencia. Las causas, los orígenes, los estímulos iniciales de esta creciente degeneración, son muy sutiles y complejos. Cuenta en ellos hasta el uso de la guayabera. Como dije en otra ocasión, se comienza por desembarazar el cuerpo, con desprecio del buen gusto y del bien parecer, del indumento que incomoda, y se acaba, después, por desembarazarse de los principios y de los deberes normativos, que también irritan. La conducta moral —cuando lo que predomina es el instinto— es mucho más difícil y molesta de llevar que un cuello de celuloide o que un chaleco de alpaca negro.

SM, (Marzo 10/53)



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA